

SEMANARIO CATÓLICO

DOCTRINAL, CIENTÍFICO Y LITERARIO

(CON APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA)

| | | |
|--|--|--|
| <p>PRECIO DE SUSCRIPCIÓN</p> <p>Un mes. Ptas. 0'25</p> <p>FUERA DE LA ISLA</p> <p>Un trimestre. . . . Ptas. 1'00</p> <p>Número suelto . . . Ptas. 0'10</p> | <p>DIRECCIÓN Y REDACCIÓN</p> <p>Carrió, 3, 3.º, derecha.</p> <p>ADMINISTRACIÓN</p> <p>Call, 1,—tienda.</p> | <p>PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN</p> <p>Librerías de Propaganda Católica y de D. Felipe Guasp.</p> <p>Pagos adelantados.</p> |
|--|--|--|

SUMARIO.—El Catecismo, fuerza motriz del mundo, por X.—El Buque de la Muerte, (conclusión), por D. Gabriel López.—Pensament (poesía), per D. Joan Torrendell.—Bibliografía, por D. J. M.—Publicaciones nuevas.—Noticias.

EL CATECISMO FUERZA MOTRIZ DEL MUNDO

(De la Revista placentina *Il Catechista Cattolico*.)



OCOS días hace que el famoso químico francés Chevreul, inventor, entre otras cosas, de las bujías esteáricas, entraba en el año 103 de su vida. En tal aniversario, en medio de otras felicitaciones, el anciano profesor recibió del coronel Le Mat la noticia del singular é inaudito descubrimiento de un motor aplicable... á los globos que sería alimentado por el sonido. «Los maravillosos experimentos de Keely de Filadelfia sobre la fuerza interatómica, decía el oficial, han dado los resultados más concluyentes. Merced á ellos el sonido es vitalizado (*sic*) y se transforma en motor de prodigiosa fuerza, que puede sustituir á todos los agentes desconocidos sin dar lugar á

variación termométrica alguna. De la fuerza engendrada sin límites por el motor etérico, resultará indudablemente el punto de apoyo.»

Por toda respuesta el ilustre centenario, coetáneo de Napoleón I, atrajo á sí al coronel y le besó en ambas mejillas. Después, habiendo arrancado una rosa de una de las macetas que adornaban su gabinete, esparció las hojas sobre los *documentos auténticos* que los visitantes le habían presentado.

Gracioso, pero muy gracioso son esos americanos. Acostumbran tratar de la manera más ridícula las cosas más serias y del modo más formal las cosas más visibles, y de ahí el echar á los cuatro vientos la grandísima bola del motor acústico y los nombres de Barnett, Le Vanne y Linville y de los redactores del periódico *Scientific-Arena* que habrían asistido á los correspondientes experimentos. Hago gracia á los lectores del *Catequista Católico* de la descripción del simplicísimo motor esférico Keely que nos ha dado el *Fíguro* en Francia y el *Corriere della Sera* en Italia. Baste decir que con la voz se obtienen vibraciones de ciertas láminas y de ciertos tubos acústicos tan poderosas que ponen en movimien-

to una polea que abre, en pleno cuarzo, merced á los instrumentos puestos en acción por la correa de transmisión, una hendidura de seis metros de profundidad y uno y medio de diámetro en diez y ocho minutos de tiempo.

Pero ¡ay! que mientras teníamos ya llena la cabeza del motor Keely y lo colocábamos al lado del teléfono de Graam-Bell y del fonógrafo de Edison llega de Nueva York el *Scientific-American*, periódico de mucha talla, muy acreditado en toda América, y da el golpe de gracia á la nueva invención, que es verdaderamente una quimera. La hendidura se produjo hasta ahora no en el durísimo cuarzo sino en la cabeza de personas flojas de mollera. No niego que el sonido pueda ser fuerza motriz, como no niego que pueda utilizarse la fuerza inmensa de la cascada del Niágara (el gran sueño de los americanos); pero del dicho al hecho va un gran trecho, como reza el adagio.

Mas lo que hasta el presente en físico-mecánica es poco menos que una hipótesis, fué un hecho y hecho gloriosísimo en los principios y en el desenvolvimiento de la religión cristiana. En toda la tierra resonó una voz: *In omnem terram exivit sonus*; era el sonido de la voz de los Apóstoles, era el eco de la voz de Cristo, comparado por san Juan al ruido de muchas aguas, al estrépito de una grande cascada: *Et vox illius tamquam vox aquarum multarum*. Era el Catecismo que resonaba en el mundo, por vez primera y su voz se multiplicaba de tal modo que los Partos, los Medos y Elamitas, los habitantes de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto, de Asia, de Frigia y de Panfilia, de Egipto, de los países de Libia, de las cercanías de Cirene y los peregrinos romanos tanto judíos como prosélitos, Cretenses y Árabes, pudieron oír á un mismo tiempo en sus propias lenguas hablar de la grandeza de Dios.

Hasta ahora no pasa de ser un sueño que la voz humana ponga en movimiento rapidísimo y muy potente una esfera metálica, y ésta una polea tal que el durísimo cuarzo ceda á la irresistible fuerza penetrante. Pero el sonido de la voz de los Apóstoles, el eco multiplicado del Catecismo, puso en movimiento la esfera del mundo. En un abrir y cerrar de ojos S. Pedro penetró en el cuarzo durísimo del corazón de los hebreos, y con solos dos discursos convirtió á ocho mil personas. Y fué asimismo la voz de los Apóstoles y el sonido del Catecismo el grande instrumento motor de que se sirvió el Espíritu Santo: *Et hoc quod continet omnia scientiam habet vocis*.

Pongamos, pues, en cuarentena el extraño principio de que el sonido pueda ser potentísima y formidable fuerza motriz, y todos juntos regocijémonos con esta grande fuerza motriz y renovadora del mundo: el Catecismo. El mundo trata de sustraerse á esta fuerza, intenta ahogar esta voz, extinguir este sonido; pero éste debe ser como la voz de los cielos, los cuales día y noche cantan la gloria de Dios.

Ciertamente que es cosa de suprema dificultad el Catecismo de los adultos, es decir el Catecismo de los que antes creían y ahora no creen, de los innumerables que viven en oposición al mismo, de los que lo combaten, lo detestan, lo maldicen. Y por eso el Señor confortó á los Apóstoles para catequizar el mundo de los adultos, prometiéndoles la taumaturgia ó sea el poder de obrar infinitos milagros. Y así como los actuales misioneros apostólicos, en número de más de 15000, no tienen la virtud de hacer milagros, como la tuvo su primer jefe S. Francisco Javier, así también la grande obra de la evangelización del mundo camina á pasos excesivamente lentos. Pero nosotros á lo menos en nuestros países tenemos el modo de

(CONCLUSIÓN)

II

DESPUÉS de haber encendido Matías y el que esto escribe dos ricos cigarros de la *Vuelta de Abajo* que aquel sacara de uno de los bolsillos de su chaleco, en cuyo tiempo el anciano abuelo, cabizbajo y sin fijar sus débiles ojos en parte alguna, como que reuniera y coordinara infinidad de ideas y multitud de pensamientos arrinconados en lo más oculto de su cerebro; y después de haber de nuevo emprendido madre é hija sus respectivas labores, que en la conversación anterior habían un momento abandonado, el viejo capitán empezó de esta manera el relato de tan curiosa é interesante leyenda.

—Muchas, muchísimas veces oí contar á mi buen padre (quien decía haberlo aprendido del suyo) lo que en muy pocas palabras voy á referiros. Lo recuerdo perfectamente: cuando, en mis primeros viajes, iba en compañía suya á la populosa Marsella ó á la comercial Argel, gozábamos una de aquellas apacibles noches en que sin riesgo alguno podíamos abandonar nuestro veloz *San Telmo*, que cortaba ligero las serenas aguas del mar en cuya superficie rielaba hermosa luna de plata brillando en un cielo de zafir, me entretenía mi padre, ya sentados en la popa mirando aquel mar sin horizontes, ya apoyados sobre los costados del buque, fijos los ojos en la blanca y espumosa estela que éste en su carrera trazara, con historias que había leído ó tradiciones que recordaba.

Hecho este breve exordio, el anciano guardó silencio durante unos pocos segundos, prosiguiendo su narración del modo siguiente:

—Allá por los años de 382 de la era cristiana había en la Gran Bretaña

catequizar á los niños y las niñas, que, simples, ingenuos é inocentes, guiados por la luz interior de la fe, ofrecen en su ánimo libre de prejuicios y de malos hábitos un terreno facilísimo de ser cultivado y que podría dar el fruto trigésimo, septuagésimo y centésimo.

El Catecismo, pues, de los adultos, debería ser obra especial de los oradores sagrados y de los anunciadores de la divina palabra. El Catecismo en la predicación es como el tronco en la planta, el hueso en el fruto, el centro en un círculo. Sobre este centro, sobre este hueso, sobre este tronco convendría que intencionadamente llamásemos siempre la atención de los oyentes.

Bendito sea el Padre Agustín de Montefeltro, que habiendo salido del precipicio en que había caído, atormentado de dudas sobre la divinidad de J. C., vistiendo el humilde sayal de Franciscano no predica, no habla, no raciocina sobre otra cosa que acerca de Jesucristo. Este punto fundamental del Catecismo es el centro de la polémica nueva, animada, fascinadora, victoriosa, formidable de que ha dado muestras en Rávena, en Perusa, en Boloña, en Florencia, en Pisa y en otras ciudades. El gran motor Keely es un sueño hasta el presente; pero el gran motor Montefeltro es una realidad. Su palabra pone en movimiento las ciudades, atrae á los incrédulos, al clero y á los fieles, y quien no puede escucharle de viva voz y avasallador desde el púlpito, oye los ecos espirantes de sus palabras en los periódicos y en los libros. Él posee el espíritu de Dios *et hoc quod continet omnia scientiam habet vocis.*

X.



un rey llamado Dionot, el cual compartía la corona con su fiel esposa Daría, príncipes ambos tan nobles por su alcurnia como virtuosos por los ejercicios de amor y caridad para con sus súbditos. Queriendo el rey de Cornouailles dilatar más y más sus dominios y reprimir al propio tiempo la piratería que en los mares y costas del norte reinaba, organizó un formidable ejército de bretones, á cuya cabeza colocó el valiente y denodado general, el joven cristiano Conán. Dirigióse éste inmediatamente á la parte de las Galias llamada Armórica, en cuyas dilatadas llanuras hizo acampar su numeroso ejército. Trabóse con los hijos de aquel país fiero y terrible combate, cantando, empero, victoria los aguerridos insulares. Viendo el valeroso general la fertilidad de aquellos campos, conquistados con la sangre de sus vasallos, y experimentando gustoso el dulce bienestar de aquel templado clima, reunió en consejo á los principales y más distinguidos jefes del ejército y les habló de esta manera:

—Una comisión formada de varios de los aquí presentes debe partir cuanto antes á nuestra querida patria, presentarse al rey de Cornouailles y después de manifestarle que, con peligro de nuestras vidas y abandonando la tranquilidad de nuestras casas, hemos conseguido hacer tremolar el glorioso pendón de los bretones en estas desiertas comarcas, pedirle once mil doncellas para ser esposas de los once mil valientes que han conseguido la victoria y jurar con la mano puesta sobre los Santos Evangelios ser fieles guardianes de la nueva colonia bretona.

Así se hizo, en efecto. Oída que fué tan razonable como ventajosa petición, mandó el rey Dionot hacer como una especie de requisa por todo su imperio, eligiendo para esposa del joven y aven-

tajado general Conán á su propia hija, la hermosa cuanto modesta Úrsula.

Preparada ya las naves que debían llevar á su término aquel ejército de bellas y virtuosas jóvenes, embarcaronse éstas y pronto las brisas de una hermosa mañana hincharon las velas de las embarcaciones, al frente de las cuales iba la capitana conduciendo á la princesa Ursula. El tiempo era magnífico. Un esplendoroso sol de primavera brilló luego en el lejano horizonte, esparciendo por do quiera sus resplandecientes rayos, que iban reflejándose en el mar de mil diferentes modos. Las naves surcaban veloces las ondas que iban murmurando alegres, cual encantadoras sirenas de blancos ropajes, al ser heridas dulcemente por el casco de los buques. Los semblantes dulces y simpáticos de las doncellas, unidos sus corazones por fuerte y misterioso lazo de la amistad más pura, al encontrarse entonces fuera de la patria y del hogar respiraban todos amor entrañable y alegría intensísima, cualidades ambas inherentes á la hermosa juventud.

Mas... aquel sol primaveral pronto fué á esconderse tras unas densas nubes que iban desplegándose, cual negros mantos, como para enlutar el firmamento. El viento antes tan favorable á los buques de la arrogante Albión cesó por un instante para echarse de nuevo sobre ellos y embravecer las olas, que convirtieron sus cánticos en ruidos de rabia y de coraje. El amor, lleno de indefinible espanto, acurrucóse en lo más profundo del corazón de las jóvenes, cediendo la alegría su puesto al temblor y á la congoja. En una palabra: el rey de la tempestad había sentado sus reales sobre aquel inmenso campo de agua. Parecía como que Eolo, no contento con dar libertad á sus vasallos los vientos, les había mandado cebarse en aquella desamparada escuadra. Así es

que cediendo los buques á la fuerza del temporal, contemplaron muy pronto ante sí el naufragio con todas sus desgarradoras consecuencias.

Pasó la noche y al amanecer del nuevo día encontróse la flota delante de las costas de los Países-Bajos, comarcas habitadas por los Hunos, gente feroz y lujuriosa. Apoderáronse éstos de aquellos buques, y, al contemplar la hermosa y débil tripulación de que se componían, quedaron notablemente sorprendidos y satisfechos.

Conociendo entonces la virtuosa Úrsula los peligros que les amenazaban, recorrió todos los navíos y arengó á sus compañeras con estos términos: — Ya veis el abismo que á nuestros pies se descubre; pero no temáis por eso. El Dios de las alturas nos dará fuerzas para resistir las tentaciones. Envolvéos en la blanca bandera de la pureza, y sucumbid... sucumbid antes que manchar tan hermosa insignia, si no es con vuestra propia sangre.

Dijo; y pronto viéronse rodeadas por aquellos hombres lujuriosos, quienes no perdonaron medio ni diligencia alguna para intimidarlas, rendirlas y vencerlas. Pero todo, todo en vano.

En vista, pues, de tanta resistencia y resolución tan decidida atravesaron á unas con el acero, á otras con agudas flechas, sucumbiendo al fin todas en medio de crueles dolores y espantosos tormentos.

Enterado el rey de Cornuailles por un marinero, que había podido escapar de las fieras garras de aquellos desalmados verdugos, de la desgarradora escena que en tan remotos parajes había acaecido, marchó luego en compañía del valeroso Conán para castigar el inaudito atrevimiento de los Hunos, quienes les salieron al encuentro en medio de un proceloso mar, cuyos bramidos podían muy bien traducirse por gritos de venganza.

Trabóse entonces feroz combate, en

medio de atronadoras voces de ambos enemigos, que exhalaban sus pechos rebosando venganzas. ¡Ay de los vencidos! Ésta debía de ser terrible, feroz, inaudita.

Así sucedió, en efecto. Después de largo tiempo de combatir, incierta por un momento la victoria, declaróse por fin á favor de los de Dionot, quienes, ciegos de coraje y rabia y ensordecidos por el fragor de tan descomunal combate, echáronse sobre los verdugos de sus caras hijas, siendo ahorcados todos en las vergas de sus propios buques, que fueron después hundidos en la profundidad del mar.

Por fin llegaron á las costas, donde las vírgenes habían sucumbido á manos de sus contrarios, y sembraron en aquellos campos la muerte y el exterminio.

Recojidos que fueron los inanimados cadáveres de seres tan queridos, alejáronse de aquellos funestos lugares, teatro de crimen tan horripilante y bárbaro.

¡Justicia del Cielo! Mientras que ahora es venerada en los templos del mundo católico la varonil cohorte de vírgenes del Cordero divino, en los días en que el temporal brama desencadenado, fustigando feroz sus blancos y ligeros caballos que corren sobre el Océano, Dios, movido de su infinita justicia, ha querido que el *buque de la Muerte* recordara á los mortales el tremendo castigo que sufrieron y aun sufren los verdugos de la inocencia.

¡Ay de la nave que lo encuentra en su camino! Seguro, segurísimo es su naufragio. Pocos son los que pueden gloriarse de haberlo visto, y afirman éstos que, sin embargo de oír ruidos de rabia y desesperación, no han visto nunca, empero, á sus tripulantes. Siempre navega á todo trapo, siendo negros su casco y velamen, y en su centro se ven grandes calaveras, que infunden espanto y terror.

Tal es la leyenda del *buque de la Muerte*, que se apropia toda nación cuyos pies bañan las salobres aguas del mar.

GABRIEL LÓPEZ.

PENSAMENT

Axò es el mon. Dins la terra
D' infortunis y miserias
Soterrats
Passan alguns trists la vida
Pe'l ferro de la desgracia
Segellats.

Enfangats dins els plers altres
Dexan corre tots los dies
Dolçament,
Y ab la remor de la festa
No senten may les petjades
Del torment.

Per un sempre son tenebres;
L' altre veu sempre l' aubada
Del cel blau.....
¿Cuál d' ells ab més lleugeresa
Volará amunt pera viure
Jorns de pau?

JOAN TORRENDELL.

Palma 14 de Febrer.—1887.

BIBLIOGRAFÍA

De prima Angeli ad Iosephum Ss. Virg. Mariae Sponsum legatione commentarium critico-exegeticum, auctore Bonifacio Fracaro Sacrae Theologiae Doctore et Canonico Ecclesiae Cathedralis Patavinae. — Parmae, ex officina episc. Fiaccadoriana, MDCCCLXXXVIII.—I folleto en 4.º

Como su mismo título indica, tiene este opúsculo por objeto interpretar de una manera perfectamente racional y en todo acomodada á las reglas de

la más sana y exigente crítica, los versículos 18 á 25 del capítulo I del Evangelio de S. Mateo, en los cuales el Santo Apóstol y biógrafo de Jesucristo refiere la aparición del Ángel al Patriarca San José y la declaración del inefable Misterio que en la Santísima Virgen había obrado sobrenaturalmente el Espíritu Santo.

Grandísimas dificultades experimentaron siempre los intérpretes de la Sagrada Escritura al explicar el indicado pasaje; y se ha dado el caso de que, no solamente han defendido unos tesis muy opuestas á las sustentadas anteriormente por otros, sino que á veces un mismo escritor se ha puesto en contradicción consigo propio. A rechazar las interpretaciones menos rectas y á desvanecer las dificultades que impiden una explicación natural y precisa del texto consabido, dedica el Canónigo Fracaro las 26 páginas de su notable folleto, en el cual hay mucho que admirar y no poco que aprender por quien guste de penetrar á fondo y en muy poco tiempo el sentido de cuestiones tan delicadas como las que se ofrecen en aquellas breves líneas del Evangelio de S. Mateo.

Divide el autor su luminoso trabajo en siete capítulos, de cuyo contenido vamos á dar ligerísima noticia, suplicando al curioso lector que, para inteligencia de cuanto diremos, se sirva leer antes los referidos ocho versículos del Evangelio.

Explicados en el capítulo primero los ritos matrimoniales vigentes entre los hebreos, establecida la diferencia entre *despondere sibi uxorem et emere uxorem, acciperem uxorem* y *convenire*, y señalados los caracteres que distinguen los matrimonios del pueblo escogido de los de los cristianos, pasa á interpretar en el segundo el versículo 18, probando contra algunos exégetas que la palabra *convenirent* (en griego *synérjomai*) no debe entenderse en el

sentido de consumación del matrimonio sino en el de que la Virgen María, aunque desposada con San José, no había pasado aun á vivir en casa de éste, ó en otros términos, no había sido todavía *accepta*, cuando el Angel se apareció al Esposo de la Madre Santísima de Jesucristo; y dedica el tercero á indicar y resolver las dificultades que pueden presentarse contra esta interpretación, manifestando con toda claridad que con ella en nada perdía la Virgen su honor y reputación, lo cual comprueba con un pasaje del Deuteronomio y otro del tratado Kiddushin de los Talmudistas, y haciendo por vía de nota una juiciosa advertencia sobre las palabras tan conocidas con que San Jerónimo impugna á Helvidio respecto á esta misma materia.

En el capítulo cuarto, tratando del versículo 19, opone reparos á los que dan á la palabra *justus* el significado de benigno, humano, manso, y aduce muchos textos para apoyar la opinión de que dicho vocablo debe tener el sentido de completamente santo, perfectamente virtuoso; interpreta la voz *traducere* (en griego *paradeignatísai*) por *publicæ infamiæ exponere*, y la dición *occulté* por *sine strepitu forensi*; y con el debido respeto y alegando un pasaje del oficio que la Iglesia recita en honor de S. José, manifiesta que no es completamente exacta la interpretación dada á dicho lugar del Evangelio por el sapientísimo S. Bernardo (*super Missus*, c. 14).

En el capítulo quinto expone el sentido del versículo 20, citando un texto del Tostado y otro de Rossemüller, ambos muy oportunos, é indica que la voz *natum est* (*guénnenzen*) debe traducirse por *generatum est*, según se desprende del significado principal del verbo griego *guennáo* y se confirma con un lugar paralelo tomado del Evangelio de S. Lucas c. I, v. 35.

La exposición del versículo 21 es objeto del capítulo sexto y la de los 22 á 25 del séptimo y último. El docto exégeta se adhiere á la opinión de que son del Angel y no de S. Mateo las palabras del versículo 22, expone el 24 en consonancia con la interpretación dada en el 18 á la palabra *convenirent*, traduce la partícula *et* del 25 por *sed* ó *tamen*, hace discretas observaciones sobre las dicciones *donec* y *primogenitum* del mismo, y termina su trabajo refutando á los teólogos é intérpretes que hicieron consistir en solos los esponsales el matrimonio de José y María y advirtiendo que, aun cuando ambos esposos tuviesen hecho de antemano y renovasen después el voto de virginidad, como en el contrato no se puso expresamente la condición de conservar tan preciosa virtud, lo que hubiera repugnado á la naturaleza del enlace conyugal, no puede dudarse de que fué perfectamente válido el consorcio del Santo Patriarca con la Madre Santísima del Verbo divino.

El acierto en la exposición, la fuerza de las razones aducidas, la selección en las citas y el completo conocimiento del original hebreo y la versión griega, frecuentemente empleadas, hacen muy recomendable el opúsculo del Canónigo de Padua y nos mueven á recomendar á nuestros lectores la adquisición y lectura del mismo, al propio tiempo que felicitamos por él á su ilustrado autor y le damos las gracias por el ejemplar con que se ha servido obsequiarnos.

J. M.

PUBLICACIONES NUEVAS

Inscriptiones christianæ urbis Romæ, por el Com. Rossi. Tomo II—Roma, 1888.

Patria.—Poesías de Mosen Jacinto

Verdaguer ab un pròlech de Mosen Collell.—Barcelona, 1888.—I tomo.

Biblioteca clásica española.—Tomo XXXVI.—Vida de San Ignacio de Loyola, por el P. Pedro de Ribadencira S. J.—Barcelona, Cortezo, 1888.—I vol. en 4.^o

Nieblas de la Historia Patria, por D. José Gómez de Arteche, de la R. Academia de la Historia.—2.^e edición ilustrada.—Barcelona, Pons y C.^{ia}, 1888.—Publicase por cuadernos.

Mártires de ogaño.—Novela político de actualidad, por D. Manuel de Burgos y Mazo.—Madrid, 1888.—I vol.

Gesù Cristo conosciuto, amato e imitato, pel Can. Pizzardo.—Torino, Speirani, 1888.—I t.

Guida del buon pastore, ossia mezzi practici per ricondurre la vita cristiana nelle parrocchie più depravate, e per conservarle nelle più edificanti, per Vandel-Bonilli.—Trevia-Umbria, tip. Nazzareno, 1888.—I vol.

La vera divozione al Sacro Cuore di N. S. Gesù Cristo. Studio del R. Coulin.—Torino, Marietti, 1888.—I t.

Errores sociales de nuestra época, por el Abate Elías Méric.—Barcelona, imp. de la Inmaculada, 1888.—I vol.

Cartas de un español rancio á un personaje del gran mundo, por J. de la G. (D. Dionisio Menéndez de Luarca).—2.^a ed.—1888.—I t. en 8.^o

NOTICIAS

A última hora hemos leído el programa de las solemnísimas fiestas que van á celebrarse en honor de San Alonso Rodríguez, hijo adoptivo de esta Isla.

El día 27 del corriente será trasladado al Altar mayor de la Iglesia de Montesión el cuerpo del Santo *Hermano*, el 28 se celebrará la fiesta cos-

teada por el Excmo. Ayuntamiento, el 29 la que está á cargo del Ilmo. Cabildo, y el 30 la que corre á cuenta de los PP. de la Compañía de Jesús.

El día 28 por la tarde saldrá solemne procesión conduciendo el cuerpo de San Alonso.

Están encargados de los sermones los Sres. D. Mateo Garau, Canónigo Lectoral, D. Guillermo Roig, Dr. don Enrique Reig y D. Pedro Llompert.

Se cantarán las misas de Gounod y Paccini, un Himno triunfal y la Salve de D. Bartolomé Torres y un motete compuesto por el Pbro. D. José Cañellas.

Más adelante se celebrará muy notable Academia poética, cuyo programa será oportunamente anunciado.

Católicos mallorquines: regocijémonos en el Señor que nos concede la dicha de poder presenciar ese extraordinario acontecimiento y postrados ante el sepulcro de San Alonso demos una vez más pruebas inequívocas de nuestra proverbial religiosidad.

¡Viva San Alonso Rodríguez!

Ha recibido el grado de Doctor en Sagrada Teología nuestro querido amigo el P. José Auba, de la Congregación del Oratorio.

Dámosle la más cordial enhorabuena.

Se ha despedido de sus lectores y de la prensa católica el semanario que se publicaba antes en Alfaro y venía haciéndolo ahora en Cascante con el título *El Estandarte Riojano*.

Agradecemos á su Director y Redactores la delicada atención de que hemos sido objeto por su parte, mientras respetamos los motivos que han tenido para dejar de publicar su católico periódico.